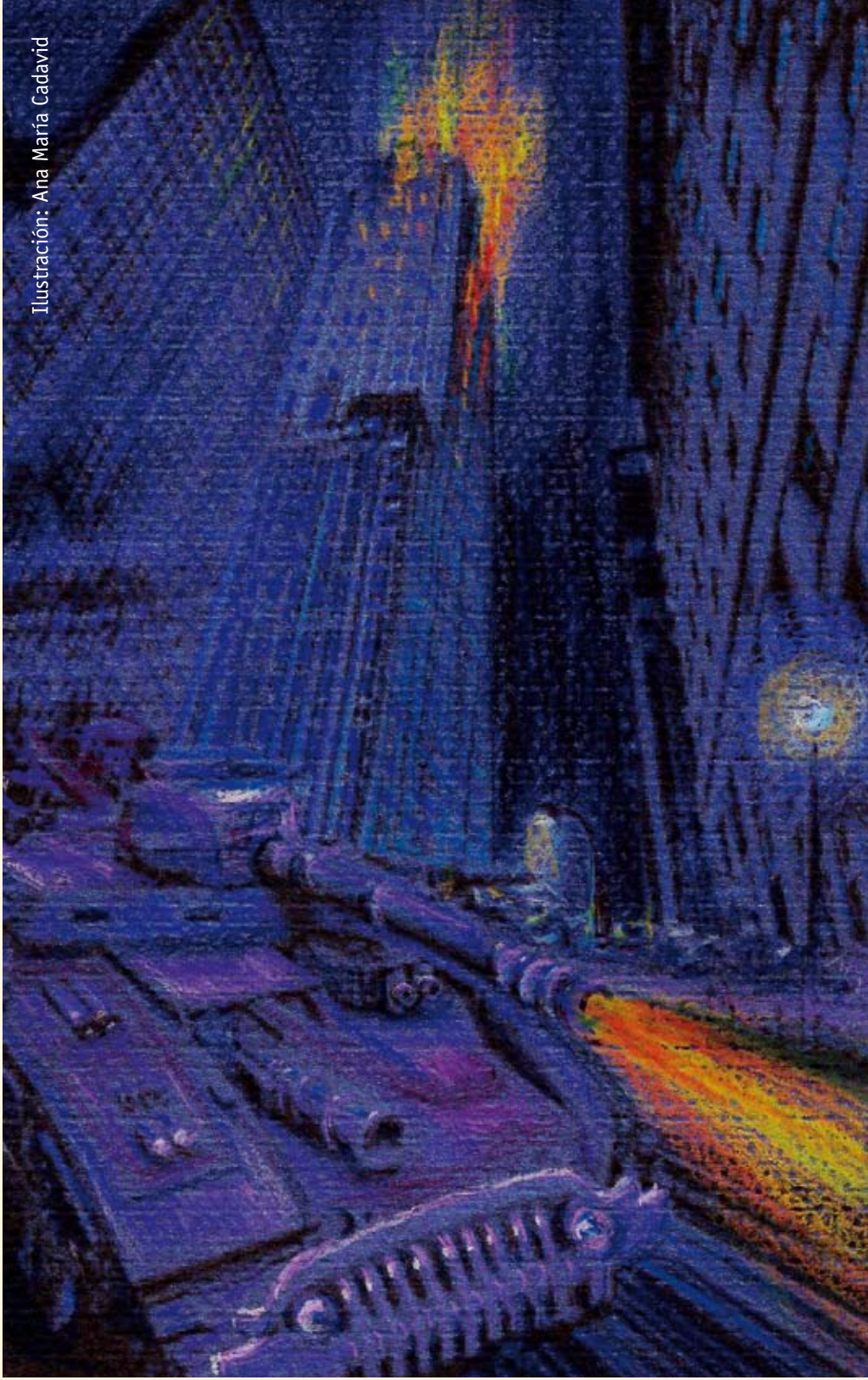


Ilustración: Ana María Cadavid



LA NOCHE QUE LLOVIERON PÉTALOS

CRISTIAN
ROMERO

Esta noche parece que fuera eterna. Como si hace mucho tiempo no se asomara el sol. Un calor húmedo y amenazante envuelve a Medellín, rezumando en sus suelos como el vinagre.

El satélite escanea una calle, una esquina, una pared. Hoy la vulnerabilidad palpita en cada metro cuadrado.

Un enorme camión de un modelo ya discontinuado atraviesa las calles de la ciudad, poniendo a tope su motor enfermo que regurgita flemas de grasa, y chirriando enormes neumáticos que dejan su pesada marca en el envejecido asfalto. En su cabezote, una enorme placa convexa de acero reforzado lo escuda como a un guerrero medieval, enfilando enormes puntas de acero dispuestas a destrozar cualquier obstáculo.

Detrás, varias motocicletas de la C.O.E.M.E. (Comando Elite Medellín) danzan en una perfecta coreografía de intimidación dándole órdenes al conductor —que se oculta tras unos vidrios polarizados— para que disminuya la velocidad. Pero se puede notar que no tiene ganas de obedecer. El tubo de escape expulsa un chorro de humo ennegrecido y el motor lanza un rugido de furia.

Las sirenas inician su desafinado concierto y tres camionetas de la C.O.E.M.E. se estacionan en la siguiente esquina, obstaculizándole el paso al camión que viene atravesando la avenida.

—Deténgase, por favor —una voz autoritaria modificada digitalmente truena por los altavoces.

El primer disparo cercena el aire y le entra por un ojo a uno de los motociclistas. Intercambio de mensajes, señales con las manos, cambios de luces. Despliegan su baile defensivo. El camión se lleva por delante las camionetas creando una estrepitosa melodía de hierros que se retuercen, y desde varias terrazas una cascada de balas cae sobre los agentes especiales.

Disparos, demencia, explosiones.

Vagabundos y drogadictos buscan protección detrás de potes de basura, escombros, paredes. Gritando, asustados. Pero parece que nadie los escuchara, como siempre. Puede que esta noche haya una telenovela o un partido de fútbol.

Al occidente una violenta manifestación de un ejército de encapuchados se apodera de las calles y lanzan con furia bombas artesanales que retumban rompiendo el silencio nocturno. El comando de policías que trata de controlar la horda iracunda pide refuerzos a las tropas especiales de la C.O.E.M.E.

Varios edificios en la ciudad se ven abrasados por repentinas y furiosas llamas que retuercen estructuras, concreto, vigas. Las últimas plantas explotan en sincronía.

¿Quién ataca? ¿Qué quiere? No hay tiempo para responderse a estas preguntas. La ciudad convulsiona.

Y en la zona alta de Medellín, un imponente rascacielos se eleva sacando pecho e irradiando orgullo en nombre de una multinacional que ha privatizado varios ríos del país, devastado miles de hectáreas y modificado productivamente centenares de bosques.

Un escuadrón silencioso lo rodea. Activan los supresores de calor de sus trajes que los hacen invisibles a los sensores infrarrojos. La piel sintética digiere todas las moléculas que generan olor, camuflándolos hasta para el olfato hambriento y salvaje de los rottweiler que vigilan el edificio. El arma nueva diseñada por los bioquímicos exclusivos de la guerrilla es activada. Unas pequeñas granadas dejan salir un imperceptible gas narcótico que en menos de cinco minutos entorpece las sinapsis y altera el sistema nervioso de todos los que estén a doscientos metros a la redonda. Y funciona.

—Ahora —susurra el que comanda la misión. Tienen menos de diez minutos para ingresar al edificio, llegar a la última planta y ejecutar el plan—. Misión en curso —vuelve a susurrar.

Al sur de la ciudad, en el sótano de una iglesia católica abandonada hace casi veinte años, el comando de la guerrilla ambiental GAIA recibe el mensaje.

El gran atentado, el que será su gran zarpazo. Todo marcha tal como está planeado.

Un virus informático llamado Anaconda es activado. Navegará por las redes y abrazará al satélite que vigila la ciudad, lo asfixiará y confundirá saturándolo de imágenes pornográficas vintage del siglo pasado.

En las afueras de Medellín, en los cuatro puntos cardinales alrededor del rascacielos, en las terrazas de derruidas construcciones, están ubicados cuatro chamanes cargados de ayahuasca, agitando shacapas y susurrando ícaros disparados directamente a la colosal estructura que está siendo profanada por los cinco guerrilleros camuflados.

Mientras tanto...

Las calles de Medellín son campos de batalla que hierven en un fuego silencioso e invisible. Motocicletas que se estampan en paredes. Pilotos que se estallan en el asfalto. Metralletas que desde ventanas furtivas vomitan chorros de balas, destrozan pechos de atacantes y defienden el enorme camión que va mordiendo las abandonadas calles como una fiera desesperada.

El camión suelta su pesado remolque que se desliza con estruendo, chisporroteando en el asfalto. El cabezote se estrella contra una pared. Los agentes especiales de la C.O.E.M.E. rodean con cuidado el enorme cubo. Precaución extrema, sospechas de explosivos.

A cada agente se le informa que se ha perdido el control de la ciudad. Combaten un extraño virus que ha enloquecido el satélite. Una furia anárquica cortocircuita a Medellín.

Y nadie sabe lo que ocurre allá, en el rascacielos. Los guerrilleros entran silenciosamente en la primera planta. Se deslizan en medio de las sombras, camuflándose en la oscuridad. Activan los transistores que llevan en sus muñecas creando una distorsión eléctrica que bloquea las cámaras y las deja paralizadas en el último cuadro. Cada uno ingresa a un ascensor diferente. Comienzan a ascender.

Piso 1, 2, 3, 4, 5, 6...

La ciudad no deja de retorcerse como una serpiente a la que se le ha inyectado alcohol.

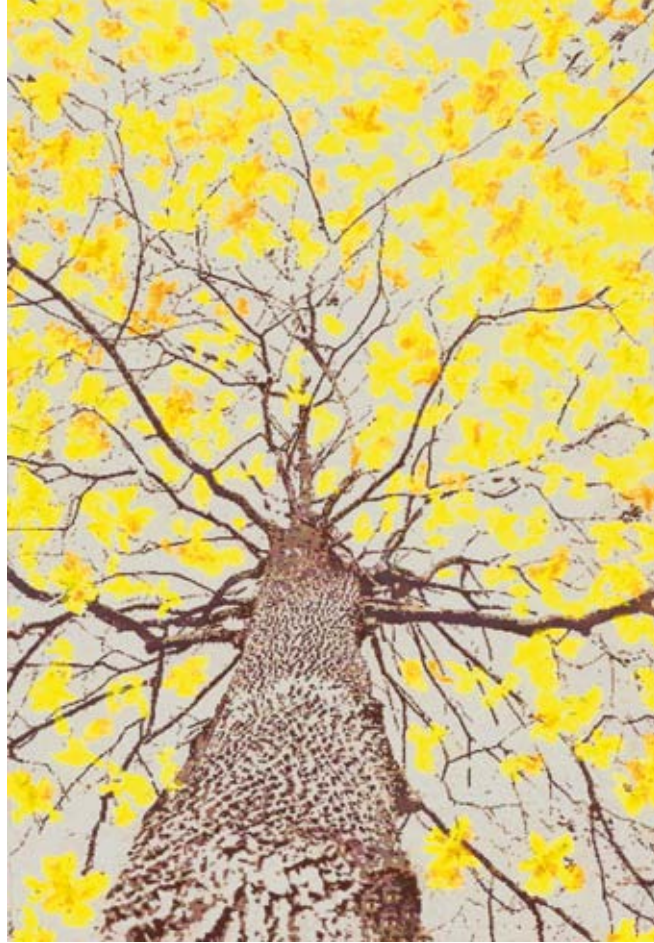
Las autoridades no dan abasto.

Una bandada de helicópteros vigila nerviosa desde los cielos.

...16, 17, 18, 19, 20...



¿Quién ataca? ¿Qué
quiere? No hay tiempo
para responderse a estas
preguntas. La ciudad
convulsiona.



Varios autobuses-bomba explotan en diferentes puntos de la ciudad.

Los chamanes siguen masticando, en medio de su trance, ícaros que como piedras se estrellan en las paredes del rascacielos.

...33, 34, 35, 36, 37...

Revisan el cabezote del camión. No hay conductor. Solo un robot programado que deja salir sus últimos estertores mientras sus circuitos colapsan.

El tráiler se abre espontáneamente y libera una bandada de mariposas multicolores que deja estupefactos a los agentes. Se elevan con delicadeza desentonando con un cielo gris y espeso que centellea y amenaza. Un cielo que ha escuchado los ícaros de los chamanes.

...45, 46, 47, 48, 49...

Explotan las penúltimas y antepenúltimas plantas de los edificios en llamas y, uno a uno, se desploman con elegancia.

La manifestación se recrudece, los enfrentamientos tienen bloqueadas varias manzanas a la redonda.

De pronto, una fuerte tormenta, de las que ya se olvidaron, se desploma sobre Medellín.

...56, 57, 58, 59, 60. STOP.

Cada ascensor queda cargado de explosivos. Los cinco guerrilleros se metamorfosean con el color de la pared, sus pieles de camaleón arañan cualquier tonalidad que las puedan convertir en fantasmas.

Cada uno, a lo largo de los cien metros de ancho de la última planta de la edificación, observa lleno de furia y tristeza el jardín hidropónico que corona la estructura. Como si fuera un mal chiste, un cruel eufemismo.

Irrumpen en el jardín y riegan en su suelo unas semillas bendecidas y biomodificadas genéticamente, en medio de bonsáis y árboles clonados ya extintos.

Las alarmas se disparan en el rascacielos...

Las calles son ríos burbujeantes...

La manifestación huye...

Los ascensores vuelan en pedazos...

Los helicópteros, resignados, tienen que aterrizar...

Los chamanes sincronizan sus mentes con el universo, con la tierra, con las montañas...

Los ícaros atraviesan paredes. Se apoderan de los pisos, de los vidrios, de las vigas, y se derraman en la tierra del jardín, llenan las semillas de energía y las hacen reventar en el milagro más bello de la naturaleza. El milagro del nacimiento. El milagro de la vida.

Deja de llover. Las nubes se despliegan, se arremolinan...

Los perros rottweiler llegan al jardín, enfurecidos, con las salivas cargadas de drogas.

Los cinco guerrilleros se lanzan al vacío. Los perros los siguen. Y caen. Y caen. Y caen. Hasta que activan los *jet-packs* que tienen a sus espaldas. Un par de alas se despliegan, las turbinas se activan, haciéndolos surcar los cielos como alguna vez lo hizo Ícaro. Se pierden entre los edificios, aterrizan en diferentes calles y alguna puerta escondida les da resguardo.

Las raíces rompen suelos. Rompen el hormigón. Fracturan paredes. Los árboles evolucionan como un *flashazo*. Como si en ese pequeño espacio el tiempo respondiera a otras lógicas. Como si el resto del mundo se hubiese estancado en un eterno e inmutable momento.

Florece. Pequeños pétalos retoñan de sus ramas. Muy amarillos, muy brillantes.

Los chamanes caen arrodillados. Los guerrilleros derraman lágrimas de júbilo. Una extraña tranquilidad inunda la ciudad. Todos han despertado. Han olvidado la telenovela o el partido de fútbol. Ya no hace calor. Un dulce aroma se desliza por las calles. Ya no hay enfrentamientos. Policías, manifestantes, agentes de la C.O.E.M.E., vagabundos, drogadictos, prostitutas, todos... se ven embargados por una rara y diáfana sensación.

Sale el sol...

Y la mañana es espléndida. Las calles de Medellín han amanecido alfombradas de pétalos de guayacán. Como ocurría hace muchos, muchos años. **U**

Cristian Romero (Colombia)

1988. Actualmente cursa el pregrado en Comunicación Audiovisual y Multimedial en la Universidad de Antioquia. Es asistente del taller de creación literaria de la misma universidad.